

(01022)

Piquito va al cole

—Joé, don Faustino, ¿podemos hacer un descansillo? Estoy hecho puré...

—¡Pero si sólo llevamos quince minutos!

Sí, sólo iban disputados quince minutos del primer encuentro entre don Faustino y Piquito, destinado a ampliar el horizonte cultural del prometedor futbolista del Rayo de Mospintoles, cuando la estrella del balón ya no podía con las botas. Y es que este partido se disputaba en el terreno de las ideas, de la cultura, del lenguaje, temas a los que nuestro figura no les hincó el diente en ninguno de sus años de estudiante frustrado. ¡Si lo sabía bien don Faustino, que llegó a darle clase!

Sin embargo, había sido el propio Piquito quien hacía unos días le había pedido al viejo profesor que le diera clases particulares al darse cuenta de la importancia de expresarse correctamente ante los medios y, porqué no decirlo, para poder aprobar el examen de conducir pues la lectura le resultaba un suplicio y, encima, indescifrable.

—Es curioso, Piquito, cómo puedes aguantar noventa minutos en un terreno de juego con las pulsaciones a más de 150 mientras que un cuarto de hora de trabajo intelectual te deja baldado perdido. Asunto digno de una tesis doctoral...

—No se cachondee de mí, don Faustino, que ya tengo bastante con lo que tengo...

—No, si hablo completamente en serio. En realidad es una constatación histórica: muy poquitos, casi unos privilegiados, han conseguido destacar a gran nivel y simultáneamente en el ámbito intelectual y físico. Pero dejemos la teoría para otros momentos. ¿Te apetece un agua o una bebida isotónica?

—Lo que tenga usted por ahí, don Faustino...

—Voy a ver qué sorpresas me depara mi visita al frigorífico. Ahora vuelvo...

Piquito estaba incómodo. Desde que había llegado a casa de don Faustino, el corazón le palpitaba como si estuviese jugando un partido de *Champions*. Había faltado el canto de un duro para llamar por teléfono al profesor y anular la cita. ¿Era miedo lo que sentía? ¿Miedo a lo desconocido, al ridículo o al futuro? Sabía que don Faustino era la persona más adecuada para enseñarle a mostrarse ante los demás con cierta seguridad, sin complejos, sin temor a parecer un analfabeto integral. Era amigo suyo, siempre lo había tratado bien, con respeto y cariño, y ahora esperaba que su ayuda le sirviese para superar esos miedos nacidos tras darse cuenta del inmejorable porvenir que le esperaba en el fútbol. Por él había dejado todo y por él aprendería lo que fuese necesario, aunque para eso tuviera que sudar más que en el terreno de juego.

—Aquí tienes, Piquito. Te vendrá bien reponer fuerzas.

—Don Faustino... *he'stao* a punto de no venir. *M'he'ntró* un miedo horroroso. Me temblaban las piernas y *tó*.

—Lo comprendo, chaval. Tu interés por mejorar esas lagunas a la hora de hablar y de leer demuestra que sabes lo que quieres.

A continuación se preparó para soltarle a Piquito una larga parrafada:

—Un futbolista de fama, de esos que siempre salen en los telediarios como si fuesen más importantes que los mismísimos presidentes del gobierno, tiene que saber hablar lo mejor que pueda, decir cosas originales dentro de lo insulso del discurso futbolero y, sobre todo, demostrar que detrás de ellos hay algo más que dos piernas robustas, una cabeza que remata a puerta y un bolsillo al que le caben decenas de millones. Los deportistas de elite —y yo espero que algún día entres en esa lista— son unos modelos sociales para millones de personas... Creo que fue Gasol el que, en una entrevista, dijo: "Me esfuerzo por ser natural y por transmitir sencillez porque los deportistas somos un ejemplo social y hay que actuar correctamente...".

—¡Qué difícil me lo pone, don Faustino...!

—Pues es así... y mejor saber que millones de ojos te observan, te imitan, te escudriñan, a creerse uno el rey del mambo y que luego pase lo que les pasa a algunos. Vuestro comportamiento, fuera y dentro de los terrenos de juego, es minuciosamente analizado por los medios de comunicación y por miles y miles de personas en el mundo. Los que practicáis el fútbol, por ser el deporte más popular y el más difundido, no lo tenéis fácil...

—*Pueh* no sé porqué...

—Mira, Piquito. El mundo del deporte está lleno de bocazas. Y el del fútbol se lleva la palma. Acuérdate de que en boca cerrada no entran moscas y que vale más estar calladito si uno no tiene nada original o interesante que decir que abrirla y soltar sólo insensateces o palabras completamente insulsas.

—Pero mucha culpa la tiene la prensa esa... Siempre está pendiente de nosotros, como si fuésemos lo más importante del mundo, y hace unas preguntas la mar de tontas...

—Pues hay que compensarlas con respuestas inteligentes. Por ejemplo: Piquito, ¿cómo te encuentras?

—Bueno..., pues bien...

—¡No! Así estarías cavando tu propia tumba... Debes responder con cierto ingenio, inteligencia, hasta con alguna mentirijilla, pero siempre demostrando que no eres un bobo igual que ellos.

—¿*Entós* qué *quíé* que diga? *Pueh que'stoy* bien, porque es *verdá*...

—No, Piquito. ¿Cómo te encuentras? "No acabo de encontrarme del todo porque arrastro un pequeño resfriado...". O, "no entiendo la pregunta, ¿podría ser más concreto?". En primer lugar, nunca empieces respondiendo con palabras huecas como "pues...", "bueno...". Ve al grano y deja siempre la puerta abierta al periodista para que se tenga que estrujar el cerebro inventándose otra pregunta menos tontorróna que la de antes. Tú eres el famoso, el inteligente, el que tiene cosas importantes que decir... Debes hacerte

respetar e imponer tu personalidad. ¿Me vas comprendiendo?

—*Pueh* sí...

—¡Pues no! No comiences las frases con estos latiguillos... Contesta simplemente diciendo: Sí o no...

—Sí, me voy apeando...

—Ya sabes que soy muy crítico con el fútbol, Piquito. Si quitamos todo el montaje escénico, económico, mediático y viajero del fútbol nos queda sólo un juego que, como tal, apenas ha evolucionado desde que hace la tira de años a unos masoquistas ingleses se les ocurrió pegarse patadas jugando con un balón. Las grandes ventajas e inconvenientes del fútbol responden a sólo una causa: su simplicidad más simple. También porque ha conseguido enraizarse con cierto sentimiento nacionalista y de patria chica que es lo que le aporta el plus que no tienen otros deportes más vistosos o los individuales. Por eso mismo, los futbolistas muy inteligentes no lo tienen fácil al practicarlo a nivel de elite. O los echan o se largan ellos mismos, cansados y aburridos.

—*To's* los deportes son muy simples, don Faustino.

—Más que el fútbol dudo que haya ninguno. Pero lo que quiero que comprendas es que, si quieres ser una figura en ese deporte, tanto dentro como fuera del campo tendrás que actuar con suma inteligencia, incluso haciéndote pasar por tonto aunque seas muy listo. Yo creo que es lo que hacen muchos futbolistas...

—¡Qué mal me lo pinta, don Faustino!

—Tienes que ser tú mismo pero bien acorazado para que no te busquen las cosquillas fácilmente. Ser por fuera tan amorfo como la masa que te vitorea o insulta, pero por dentro poseer la inteligencia suficiente para superar los buenos y malos momentos, sacando de ellos las lecciones pertinentes. Porque no sólo se aprende de las derrotas, amigo. También, y mucho, de las victorias.

—¡*Tie'* *usté* razón...!

—¡Joder, parezco el abuelo Cebolleta contándole a su nieto mil batallitas que no le interesan!

—No, por favor, siga así, yo... creo saber lo que me dice...

—No eres torpe, Piquito. Tienes algo que muchos no poseemos: una inteligencia natural capaz de llevarte a logros importantes sin tener que emplear grandes esfuerzos. A poco que la revistas de un envoltorio apropiado, te comerás todas las roscas del mundo. ¿Cuál es tu modelo o ejemplo a seguir?

—*Pueh*, admiro mucho a Messi. Y mi estilo de juego va por ahí...

—Pues ahí tienes el ejemplo a seguir y no seguir. En el campo, como él. Fuera del campo parece un chico tranquilo, que no arma escándalos, amante de la familia, que se dedica a su profesión en cuerpo y alma. Sus compañeros le respetan y quieren. Pero tengo la impresión de que no ha leído un libro en su vida, de que es aburridísimo. Basta oírle cuando habla... Claro que nadie es perfecto...

—*Joé*, *pueh* yo daría mi alma al diablo por ser como él...

—Deja al diablo tranquilo, Piquito, que ya tiene bastante trabajo en los tiempos que corren. ¿Echamos media horilla de un tirón a ver si eres capaz de

aguantarla?

—Vamos allá, don Faustino, *que's* usted capaz de levantar el ánimo a un muerto...

—Yo diría más bien que soy capaz de enterrarlo dos veces seguidas, pero en fin, tú que me miras con buenos ojos...

El maestro y el discípulo prosiguieron entonces con la clase de lengua. Piquito volvió a sudar la gota gorda peleándose con las nociones más elementales de la gramática, la comprensión lectora y la expresión oral, pero todo lo daba por bien empleado si tras tan descomunal esfuerzo, que duraría varios meses, conseguía hacerse también un hombre de provecho fuera del campo de fútbol. ¿Estaba empezando a nacer una estrella?